

"JOAQUÍN RODRIGO, 1901-1999 EL COMPOSITOR ESPAÑOL MÁS UNIVERSAL DEL SIGLO XX*"

SALVADOR SEGUÍ PÉREZ
Académico Secretario General

Un músico español para el siglo XX.

Ese fue el compositor valenciano Joaquín Rodrigo, nacido en Sagunto el 22 de noviembre, musical día de Santa Cecilia; fue en el año 1901, con los primeros soles otoñales, al alba de una nueva centuria.

Sr. Presidente de esta Real Academia de BBAA de San Carlos,
Señoras y señores académicos,
Señoras y señores,

De Joaquín Rodrigo, el autor del *Concierto de Aranjuez*, para guitarra y orquesta, de su vida y de su obra de creación musical vamos a hablar brevemente en la primera parte de este acto de clausura del curso. Se cumplen 234 años desde la fundación de esta Real Corporación, por el rey Carlos III y durante tan largo período de tiempo la Real Academia de BB AA de San Carlos ha procurado en todo momento mantenerse atenta al cuidado, difusión y enriquecimiento del patrimonio artístico, histórico y cultural valenciano.

Hoy sumamos un eslabón más en ese propósito activo, siempre abierto al futuro; queremos hacer memoria de un gran músico, siempre generoso con su tierra natal, al cual Valencia reconoció y reconoce como uno de los compositores más relevantes de toda su historia, a la vez que le dedicó innumerables actos de reconocimiento y homenaje. Nos alegra recordar hoy, que una de las salas de concierto del Palau de la Música lleva el nombre de Joaquín Rodrigo; que el primer doctor *honoris causa* de la Universidad Politécnica de Valencia fue Joaquín Rodrigo; que el Conservatorio Superior de Música se llama Joaquín Rodrigo; igual que una de las avenidas importantes de la ciudad; y es motivo de especial orgullo poder decir, aquí, que Joaquín Rodrigo fue académico de

honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Por otra parte, antes de continuar, quiero manifestar mi gratitud a la Junta de Gobierno y a su Presidente, por haberme distinguido con el honor de participar en este acto, al confiarme la parte expositiva inicial, dedicada a la memoria y reconocimiento de uno de nuestros músicos contemporáneos más relevantes, para el que no cesan los recuerdos, como el muy reciente de la editorial *Las Provincias*, al incluirle entre los treinta personajes valencianos del milenio y el todavía más próximo en el tiempo, a cargo del Instituto Valenciano de la Música, con la serie de conciertos realizados por la *Orquesta Joaquín Rodrigo* en Japón.

Joaquín Rodrigo fue el compositor español más importante del siglo XX y fue en la valenciana ciudad de Sagunto, junto al Palancia, donde vino al mundo, acogido bajo el signo de la música, el que con el paso del tiempo llegaría a ser gran maestro de la composición. Tuvo larga vida, pues vivió hasta el 6 de julio de 1999.

Los padres de Joaquín Rodrigo fueron Vicente Rodrigo Peirats, de Almenara, casado en segundas nupcias con Juana Vidré Ribelles, de Quartell de los Valles. Su padre aportó cuatro hijos al segundo matrimonio, Rosa, Isabel, Vicente y José, a los que se sumaron otros seis hermanos, Juana, María, Guadalupe, Amparo, Francisco y Joaquín... "éramos diez hermanos; seis chicas y cuatro chicos. Yo era el penúltimo... tengo una hermana que también tocaba el piano y sobre todo cantaba...".

* Discurso de clausura del Curso Académico 2001-2002, celebrado el día 25 de junio de 2002.

Joaquín Rodrigo vino al mundo en el propio domicilio familiar. Fue al mediodía –y según cuentan las crónicas–, luciendo un sol de primavera otoñal que el recién nacido pudo contemplar, pues su pérdida de visión no se produjo hasta poco antes de cumplir los cuatro años, a causa de una epidemia de difteria que causó la muerte a muchos niños en Sagunto... “Yo me escapé de la muerte y me tocó esto. Después, poco a poco, me quedé ciego por entero. Cuando perdí la vista seguía percibiendo la luz, pero perdí las formas.”



SAGUNTO. Casa natalicia del maestro Joaquín Rodrigo

El doctor Barraquer, a cuya clínica barcelonesa acudieron los padres con el pequeño Joaquinito, consiguió que el niño recuperara parcialmente la vista e incluso que pudiera distinguir los colores, pero ya en la plenitud de su actividad creativa, a pesar de los ilusionados esfuerzos de otro importante oftalmólogo, el doctor Ramón Castroviejo, el maestro perdió la vista por completo y para siempre a los 47 años.

Cuando Joaquín Rodrigo tenía poco más de cuatro años, sus padres trasladaron el domicilio a Valencia, instalándose en la calle de Filipinas, después en la de Jorge Juan y finalmente se establecieron en el número 10 de la calle Sorní. Cumplidos los seis años, Joaquín Rodrigo ingresó en el Colegio de Ciegos... “estaba en la calle Conde de Montornés y lo regían unas monjitas. Yo era infantillo, pues tenía buena voz y siempre cantaba en la iglesia... nos enseñaban las primeras letras y también aprendíamos música... recuerdo a don Fernando, un bondadoso sacerdote... y también a don José Julián, que era un gran bajo cantando. A los 17 años abandonaba aquel colegio de invidentes.”

No consta que Joaquín Rodrigo cursara con posterioridad otros estudios formales, pero sí se conoce su gran vocación literaria, su gusto por el teatro y su afición a la filosofía. Las lecturas le llegaban a través de la voz de su fiel amigo Rafael Ibáñez, quien después le acompañaría en sus viajes al extranjero. “Rafael me leía las obras de Blasco Ibáñez, a medida que iban apareciendo: *Arroz y tartana*, *Flor de Mayo*, *La Barraca*, *Entre naranjos*, *Sónnica*, *la cortesana*. Quién me iba a decir a mí que con el tiempo compondría la música de esta adaptación de *Sónnica*...”. Rodrigo se refería aquí a la obra músico-teatral *La destrucción de Sagunto*, promovida por el profesor Sánchez Castañer, texto de José M^a Pemán y música del maestro, cuya producción se estrenó en el propio teatro romano de Sagunto, en 1954; posteriormente, en 1975, Rodrigo hizo una nueva adaptación musical de la obra, que tituló *Sónnica, la cortesana*.

Es en esta época, al término de sus primeros estudios, cuando Joaquín Rodrigo decide su principal dedicación a la música, no sin antes vencer la natural inclinación hacia la literatura, así como la manifiesta oposición paterna... “Tuve que luchar con un ambiente de rebeldía paterna contra mi vocación. No porque mi padre no fuera filarmónico, sino porque él, inmensamente rico entonces, no quería que yo hiciese nada”.

Joaquín Rodrigo inicia estudios de armonía y composición cuando tiene dieciséis años; recibe clases particulares del profesor del Conservatorio de Valencia Francisco Antich y asiste como oyente a las de historia de la música que Eduardo López Chavarrí imparte en el mismo Centro, hasta que se entera de ello el director, por entonces el profesor Amancio

Amorós, quien le prohíbe continuar asistiendo a las mismas.

No consta que el joven estudiante Joaquín Rodrigo se matriculara en el Conservatorio, ni como alumno oficial ni como libre, como así se desprende de posteriores declaraciones del propio Rodrigo. En las actas de exámenes oficiales y libres del Conservatorio de Valencia no aparece el nombre de Joaquín Rodrigo, aunque sí que figuran otros músicos importantes de la misma época, como Amparo y José Iturbi, Leopoldo Querol, Manuel Palau, Leopoldo Magenti, o el alicantino Rafael Rodríguez Albert, este último invidente como Rodrigo.

Sin salir de este mismo período, Rodrigo inicia una amistad entrañable, que perdurará para siempre, con el crítico musical y más tarde catedrático de contrapunto y fuga del Conservatorio, Enrique González Gomá; también mantiene Rodrigo fuertes y duraderos vínculos de amistad y afecto con López Chavarri, igualmente crítico musical, profesor del Conservatorio y compositor. Rodrigo escuchaba a los dos con "profunda devoción", reuniéndose frecuentemente con ellos y otros jóvenes músicos valencianos, particularmente en la playa de la Malvarrosa; Rodrigo sintió siempre fuerte atracción por el mar Mediterráneo, además de ser gran aficionado a la natación. "A mí me hubiera gustado ser un gran nadador olímpico", declaró en más de una ocasión el maestro.

Cuando en 1927 Joaquín Rodrigo decide trasladarse a París ya ha estrenado en Valencia algunas de sus primeras composiciones; particularmente alcanza cierta resonancia la composición sinfónica *Juglares*, que se interpreta en primera audición, dirigida por el maestro José Manuel Izquierdo, en los Jardines de Viveros, cuando corrían días veraniegos de 1924. Las críticas aparecidas en la prensa valenciana fueron todas muy favorables, especialmente elogiosas las de Gomá y Chavarri. Quizá esta circunstancia, así como la firme vocación musical de Rodrigo llevaron el convencimiento al ánimo paterno, pues el viaje a París lo hace Rodrigo acompañado de uno de los trabajadores de la empresa familiar, el ya nombrado Rafael Ibáñez, diez años mayor que Joaquín, que habla idiomas, principalmente francés y algo alemán, y que le sirve como secretario.

Junto con el equipaje, viajan hasta París muchas esperanzas e ilusiones, así como varias partituras

musicales que el joven compositor ha escrito y que algunas serán estrenadas con éxito y publicadas prontamente en la capital francesa. Así ocurre con la obra para violín y piano *Dos esbozos: a) La enamorada junto al surtidor b) Pequeña ronda*, que compuesta en 1923, fue interpretada por primera vez en la sala Gaveau, el 28 de noviembre de 1928, en concierto ofrecido por dos jóvenes músicos de Burriana, los hermanos Abelardo y Encarnación Mus, violín y piano respectivamente. La obra despertó el interés de la editorial Schott, que la incorporó inmediatamente a su prestigioso catálogo. Con esta pieza juvenil de Rodrigo, pensada y escrita junto a los jardines del *Parterre* valenciano, se abre el particular corpus creativo de Rodrigo, figurando en el mismo como Opus 1.

Joaquín Rodrigo siguió la ruta de otros muchos compositores españoles, dirigiéndose a París, como lo habían hecho sus antecesores Albéniz y Granados, después Falla y más tarde Turina. Tanto le atraía a Rodrigo su deseo de perfeccionamiento técnico, como ser parte activa del acontecer musical de la capital del Sena, pues no eran pocas las composiciones propias que viajaban con él; y bien cierto que llegó a alcanzar con rapidez y plenitud ambas propuestas. Directamente fue a las clases de composición de la *Ecole Normale de Musique*, impartidas entonces por el autor de *El aprendiz de brujo*, Paul Dukas, de quien recibió enseñanzas y consejos durante cinco años, así como continua y manifiesta expresión de reconocimiento y admiración por su talento musical.



Joaquín Rodrigo, 1928. Alumno de Paul Dukas en París

No es menos destacable señalar las relaciones que Rodrigo estableció con otros músicos, compositores e intérpretes importantes, durante su estancia en París. Entre los más conocidos, hay que citar a Ravel, de quien Rodrigo quiso recibir lecciones sin conseguirlo, puesto que el maestro francés no atendía esta dedicación; asimismo, conoció y entabló amistad con Albert Roussel, Vincent d'Indy, Darius Milhaud, George Enesco, Alfred Cortot, Artur Honegger. En cuanto a los españoles, conoció Rodrigo en París a Federico Mompou y mantuvo especial amistad con el guitarrista Emilio Pujol, el pianista Ricardo Viñes y el director Jesús Arrábarri; pero sobre todo, se reencontró con Manuel de Falla, a quien había conocido en Valencia, en el mes de febrero de 1925, con motivo del estreno en la Sociedad Filarmónica del *Retablo de Maese Pedro*. De Falla recibió Rodrigo muchas ayudas, consejos y afectos, aparte la admiración que la música del maestro andaluz despertó siempre en el compositor valenciano. Fue esta una amistad entrañable, consolidada y acrecentada con el discurrir del tiempo.

Apenas había transcurrido un año desde la llegada de Rodrigo a París y el joven compositor venido desde la heroica *Saguntum* se desenvolvía con absoluta naturalidad en todos los círculos musicales. Al mismo tiempo, sus composiciones eran reclamadas por editores y revistas importantes, a la vez que se escuchaban con frecuencia en los conciertos y se difundían con éxito entre los jóvenes estudiantes extranjeros, atraídos hasta la capital de las luces por el prestigio de los centros musicales franceses.

Este fue el camino de encuentro –y la música el vehículo– entre la joven pianista turca Victoria Kamhi y el igualmente joven compositor español Joaquín Rodrigo, autor de la obra para piano *Preludio al gallo mañanero*, datada en 1926 y que se publicó en 1928 en el suplemento de la revista *Le Monde Musical*. Según declaraba la propia Victoria, “Joaquín y yo nos volvimos a encontrar en los conciertos, y durante las vacaciones, que él pasaba en su tierra, nos escribíamos a menudo. Nuestra amistad duró unos cuatro años, poco más o menos. Finalmente nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro y en 1933 nos casamos contra viento y marea, venciendo muchos obstáculos y en momentos muy difíciles para nosotros, en la ciudad de Valencia”.

La boda tuvo lugar el día 19 de enero y el domicilio ofrecido por los recién casados en su comunicación del enlace celebrado era doble, en París, 36, rue Singer y en Valencia, Sorní, 10.

A partir de ese momento Victoria Kamhi lo fue todo para Joaquín Rodrigo: su esposa, su musa, su secretaria, su copista, su colaboradora insustituible... La pareja vivió largos y felices años de matrimonio, hasta la muerte de Victoria en 1997, que se adelantó un poco a la del maestro. Fueron muchas las alegrías, distinciones, honores, reconocimientos y satisfacciones compartidas siempre en íntima unión espiritual, que en el plano familiar pudieron tener comienzo con el nacimiento de su hija Cecilia, apadrinada en el bautizo por Federico Sopeña y Lola Rodríguez de Aragón; después, la boda con el violinista Agustín León Ara, en 1963. Más tarde, nuevos motivos de contento, como la llegada de la nieta Cecilita y los biznietos Santi y una nueva Cecilita.

No fue diferente en el plano profesional, sobre todo a partir del estreno en Barcelona, en 1940, del emblemático *Concierto de Aranjuez*, primero en el mundo de los conciertos para guitarra y orquesta, a la vez que la más universal aportación española a la música del siglo XX.

Probablemente, nadie pondría en duda que el encumbramiento de Joaquín Rodrigo como compositor se inicia, se desarrolla y se consolida con el *Concierto de Aranjuez*, aunque también serían muchos los estudiosos que no valorarían esta obra como la mejor aportación creativa del maestro; él mismo repite en más de una ocasión que su obra preferida, la que primero salvaría de un incendio sería *Cántico de la Esposa*, para voz y piano, con texto de San Juan de la Cruz.

Por supuesto, Joaquín Rodrigo reconoce que es el *Concierto de Aranjuez* la obra que más gusta al público; y no está en el ánimo del autor llevarles la contraria a quienes compran partituras y discos o pagan el importe de las entradas para escuchar la castiza y popular composición. Pero el catálogo del maestro se configura con amplitud generosa y diversidad de formas y géneros, incluyendo música orquestal, coral, para piano, para guitarra, música de cámara, música religiosa, canciones, música para el teatro y para el cine. Únicamente en el apartado de los *Conciertos*, hay que contabilizar otros diez, además del de Aranjuez; de ellos, dos para guitarra sola, otro

para dos guitarras y otro para cuatro; otros dos para violonchelo, uno para violín, uno para piano, uno para flauta y uno para arpa.



Joaquín Rodrigo en Nueva York en 1958

Pero Joaquín Rodrigo también escribe una ópera, *El duende azul*, de 1946, en colaboración con el maestro madrileño Federico Moreno Torroba; una zarzuela, *El hijo fingido*, de 1960; una marcha para instrumentos de viento, es decir para banda, titulada *Sagunto*, de 1955; una *Estudiantina*, para rondalla, datada en 1962; un *Pasodoble para Paco Alcalde*, de 1943, también para instrumentos de viento. A este mismo año 1943 pertenece la composición de la *Gran marcha de los Subsecretarios*, para piano a cuatro manos, escrita en modo de Si menor; no es menos curioso recordar su obra para armónica *Rincones de España*, de 1957, al igual que la pieza para bando-neón *Moto perpetuo*, de 1960.

Cuando ya había transcurrido algún tiempo desde la toma de posesión de los subsecretarios amigos de Rodrigo, acto en el que se estrenó la pieza de homenaje que el maestro les dedicó, uno de ellos que hacía gala de sus conocimientos musicales, le preguntó a Rodrigo sobre el hecho de haber escogido un tono menor para una obra que debía interpretarse en un acto brillante y solemne. Dicen que no lo pensó mucho el maestro para contestarle rápidamente:

“Hombre, es que sólo os nombraron subsecretarios, si os hubieran hecho ministros la habría escrito en modo mayor”. Los políticos en cuestión fueron Antonio Tovar y Jesús Rubio, este segundo elevado después a ministro de Educación.

Es lógico pensar y así se cumple, que en el catálogo de Rodrigo no podían faltar los temas valencianos, que aparecen intercalados a lo largo de toda su producción. Aparte de algunas obras ya citadas, como *La destrucción de Sagunto y Sónnica, la cortesana*, o *Dos esbozos y Juglares*, hay que añadir otras no menos significativas, como el poema sinfónico *Per la flor del lliri blau* y *Cançó del teuladí*, ésta con texto de Teodoro Llorente, las dos fechadas en 1934, así como la canción coral de raíz popular *Jo tinc un burro*, de 1933. Las *Cuatro danzas de España*, para piano, compuestas en 1938, de las cuales la primera –o la cuarta, según ediciones– se titula “*Danza valenciana*”; años más tarde, en 1982, compone Rodrigo *Set cançons valencianes*, compilación de temas anónimos valencianos, cuyas músicas se cantan sin texto, pues la obra está escrita para violín y piano.

Igualmente, y sin duda alguna debido a la influencia directa del ambiente histórico y cultural emanado de Victoria Kamhi, no dejan de estar presentes en la producción del maestro melodías, ritmos y palabras de la tradición hispano-hebraica, tales como *Dos canciones sefardies del siglo XV*, de 1951, compuesta para coro mixto, *Cuatro canciones sefardies*, de 1967, para voz y piano, así como *Ecos de Sefarad*, de 1967, escrita para guitarra sola.

Por otra parte, se pueden contabilizar no menos de 49 versiones o arreglos diferentes del segundo movimiento del *Concierto de Aranjuez*, entre los cuales sobresalen los del trompetista Miles Davis, en 1963, el del guitarrista Carlos Bonell, en ritmo de sevillanas, de 1967, el de otro trompetista, Jean Claude Borelli, en 1989, el tan conocido del cantante francés Charles Aznavour, *Aranjuez mon amour*, el de Dyango o Nana Mouskouri, el de Franck Pourcel y su gran orquesta, de 1973... y muchos más, algunos con las más variopintas combinaciones instrumentales y los títulos más pintorescos, todos bebiendo de la misma fuente, la de la fresca y castiza inspiración del maestro saguntino.

Por otro lado, una parte importante de las composiciones de Rodrigo se apoya en las palabras de

grandes poetas; son textos elegidos principalmente entre los autores clásicos o completamente consagrados. Se pueden citar todos, dado que no son tantos y la mayoría bien conocidos, como Miguel de Cervantes, San Juan de la Cruz, San Francisco de Asís, Lope de Vega, Miguel de Unamuno. Rosalía de Castro, Marqués de Santillana, Gil Vicente o Antonio Machado. Otro grupo es el de los valencianos y catalanes, como Teodoro Llorente, Josep Carner, Jacinto Verdeguer, Josep Massó i Ventós, o Joan Guash; cabe añadir aquí al murciano Salvador Jacinto Polo de Medina y al francés Louis Emié. Y un tercer grupo, encabezado por su propia esposa, Victoria Kamhi y en el que se incluyen Fina Calderón, José M^a Pemán, Castell-Villaseca, Francisco de Figueroa, Carlos Rodríguez Pinto, Luis Hernández Aquino y Juan Bautista Mesa.

Además, en la música vocal de Rodrigo hay siempre un manantial inagotable de inspiración e impulso compositivo en la poesía anónima tradicional y a ella acude una y otra vez el maestro en todo el discorrir de su larga etapa creativa. Pero, no deja de ser llamativo el registro de ausencias tan notables como la de poetas contemporáneos, entre los que cabría situar a Federico García Lorca y Rafael Alberti, por un lado, o Juan Ramón Jiménez y Gerardo Diego por otro.

Sin duda alguna que ha de resultar de interés conocer el posicionamiento estético de Joaquín Rodrigo como compositor, su personal cultivo del gusto artístico aplicado a la música, aspecto que puede resultar fácil de exponer directamente, sin intermediarios, acudiendo a las palabras de sus propias citas. Aparte su declarada indolencia y haber señalado la pereza como su principal defecto, en diferentes ocasiones dejó dicho o escrito el maestro:

“He lanzado el *neocasticismo* frente al neoclasicismo. Los españoles no podemos ser clásicos porque carecemos de una tradición musical”. (p. 52. Antonio Iglesias. *Escritos de Joaquín Rodrigo*. Alpuerto. Madrid, 1999)

“La música dodecafónica es una especie de *ismo* de la composición, nacido después de la guerra de 1914, que niega la tonalidad tradicional y compone con nuevas técnicas... creo que he llegado un poco tarde para ello, pero todavía me permito algún coqueteo. Desde luego, creo que no conviene a los latinos, a los mediterráneos”. (p. 36. A. Iglesias, *op. cit.*)

“Para mí lo esencial no es entender la música, sino sentirla... En España el público está más interesado en cómo se toca que en lo que se toca... creo que vamos hacia atrás”. (p. 34 A. Iglesias, *op. cit.*)

“Yo no sé donde está el futuro, ni creo que lo sepa nadie. Creo que el ritmo ha sido el elemento más descuidado por parte de los compositores; pero si alguna jerarquía existe en la música, para mí sería la melodía primero”. (p.39 A. Iglesias, *op. cit.*)

A propósito de una estancia de tres meses en Argentina, dictando conferencias y actuando en conciertos, le preguntaron sobre el éxito de su música, a lo que Rodrigo contestó con el siguiente comentario:

“Con críticas en general buenas, pero con algún palo. Un periódico dijo que mi música era de zarzuela. Yo le contesté que la calificación de un género no entrañaba idea de bondad o de maldad. La zarzuela es buena o mala por su acierto o desacierto; nunca por ser zarzuela”. (p. 39 A. Iglesias, *op. cit.*)

No se suele citar y por ello se desconoce, que Rodrigo, además de conferenciante y concertista de piano, tuvo que dedicarse a diferentes tareas más o menos estables, para poder subsistir, porque en los primeros años de compositor los derechos autorales no daban para vivir de la composición. Así, le encontramos en 1939 trabajando como colaborador del Departamento de Música de RNE, Jefe de la Sección Musical de la ONCE y crítico musical de los diarios madrileños *Pueblo*, *Marca* y *Madrid*.

En 1947, profesor de la Cátedra de Música *Manuel de Falla*, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. En 1963, impartiendo un curso de Historia de la Música en la Universidad de Ríos Piedras, de Puerto Rico. En 1976, Presidiendo el Comité Nacional español de la Música, perteneciente al Consejo Internacional de la Música, integrado en UNESCO. En 1988, desempeñando la dirección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Junto a estas dedicaciones del maestro, hay que citar, además, algunos entre los muchos y muy importantes premios, reconocimientos y honores académicos, que le llegaron continuamente desde



El maestro Joaquín Rodrigo con S. M. la Reina Dña. Sofía en 1990

todo el mundo a lo largo de su dilatada vida. Podríamos citar unos y otros con detalle, pero resulta obligada una selección: el premio nacional de música en dos ocasiones, 1942 y 1982; el premio Cervantes en 1948, por su obra *Ausencias de Dulcinea*, para cuatro sopranos, bajo y orquesta; Gran Cruz de Alfonso X el Sabio; *Chevalier de La Légion d'Honneur*, del Gobierno francés; Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes; Medalla de Oro de la Generalitat Valenciana; Académico de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia.

Fue la Universidad de Salamanca la primera en nombrarle Doctor Honoris Causa, en 1964; y fue el primero en recibir este mismo reconocimiento por parte de la Universidad Politécnica de Valencia, en 1988; un año después le nombraron igualmente las universidades de Alicante y Complutense de Madrid. También le distinguieron con idéntico nombramiento las universidades norteamericanas de South California, en 1982 y la de Exeter, en 1990. Fue asimismo, miembro de la *Académie Royal des Sciences, des Lettes et des Beaux-Arts* de Bélgica.

Se puede prolongar la relación con otros varios ejemplos, todos de gran relevancia, así como añadir que han sido muchos los pueblos y grandes ciudades que han rotulado avenidas, calles y plazas con su nombre, que la actual sede del Conservatorio Superior de Música de Valencia fue inaugurada por el maestro en 1979. Pero quizá resulte más

entretenido, para terminar, aludir al incansable impulso viajero del compositor, que visitó en repetidas ocasiones Estados Unidos, América Central e Hispanoamérica, así como muchos países de Europa, Asia y Africa, además de acudir en diferentes citas musicales a Japón y llegar hasta Australia.

Es en uno de estos largos viajes por mar, cuando fatigado el maestro de escuchar tantas música ligeras, que los altavoces del barco reiteraban incansables, se acercó hasta la cabina del responsable de radiofonía, para preguntarle si no tendrían alguna pieza de música clásica, como el *Concierto de Aranjuez*, por ejemplo, a lo que se apresuró el marinero a contestar: "desde luego que no, aquí sólo tenemos música buena".

Cabe pensar que a Joaquín Rodrigo, quien gustaba de venir con frecuencia a Valencia y que mantenía su casa de Madrid siempre abierta para recibir a los valencianos, le alcanzó la máxima satisfacción que desde la música le podía llegar, así como la culminación de todos los honores recibidos, cuando en 1991 su Majestad el rey Juan Carlos I le concedió el título nobiliario de Marqués de los Jardines de Aranjuez, "por su extraordinaria contribución a la música española a la que ha aportado nuevos impulsos para una proyección universal".



El maestro D. Joaquín Rodrigo

Las imágenes y las palabras para continuar viendo y diciendo de Joaquín Rodrigo, de su ejemplar vida y de su fructífera y valiosa obra creativa, las tenemos abundantes, pero no se debe alargar más esta primera parte del acto, sobre todo sabiendo que a continuación vamos a escuchar un corto concierto, porque es muy corto, con

la música del recordado maestro hecha canción, en la voz y el piano de dos jóvenes y admirados artistas. Son cinco piezas deliciosas, entre las que se encuentra la preferida del compositor. Son cinco joyas musicales, cuya audición a cargo de Mónica Cantó y Ricardo Callejo no conviene retrasar más.